

dad, el desprendimiento, la confianza, el estudio y el trabajo. *Llenar* es precisamente la palabra propia para expresar nuestra idea, pues todos los días del buen obispo estaban llenos de buenos pensamientos y buenas palabras y obras.

Parecía que era para él una especie de rito prepararse para dormir, meditando ante los grandes espectáculos que ofrece el cielo por la noche, y por eso paseaba una ó dos horas por el jardín antes de acostarse. A veces, á hora bastante avanzada de la noche, si las dos mujeres no dormían, paseaba por las calles de su huerto. Allí, solo consigo mismo y recogido, comparaba la serenidad de su corazón con la serenidad de lo etéreo, y le conmovían en las tinieblas los resplandores visibles de las constelaciones y los invisibles de Dios, abriendo su alma á los pensamientos que caen de lo desconocido.

En aquellos momentos ofrecía su corazón á la hora en que las flores nocturnas ofrecen sus perfumes, encendido como una lámpara en la noche estrellada, difundiendo en éxtasis entre la irradiación universal de la creación. No hubiera podido decir él mismo lo que pasaba en su espíritu; sentía algo que se lanzaba fuera de él y algo también que descendía sobre él. ¡Misteriosos cambios entre los abismos del alma y los abismos del universo!

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios, en el extraño misterio de la eternidad futura y en la eternidad pasada, misterio más extraño todavía; en todos los infinitos que á su vista se perdían en todas direcciones, y sin tratar de comprender lo incomprendible, lo contemplaba. No estudiaba á Dios, pero se deslumbraba contemplando sus obras. Consideraba los magníficos enlaces de unos átomos con otros que dan aspecto á la materia, revelan las fuerzas, evidenciándolas, que crean los individuos en la unidad, las proporciones en la extensión, lo innumerable con lo infinito, y que por medio de la luz producen la belleza. Estos enlaces, que se anudan y desanudan sin cesar, causan la vida y la muerte.

Sentábase el obispo en un banco de madera pegado á una parra decrepita y miraba los astros al través de las siluetas descarnadas y raquíticas de sus árboles frutales. Profesaba gran cariño á aquel pequeño huerto, pobremente plantado y lleno de cobertizos y de casuchas. Aquel estrecho cercado que tenía

por bóveda los cielos, ¿no era suficiente para adorar á Dios en sus obras más hermosas y sublimes? ¿qué más podía desear el humilde sacerdote? Un pequeño jardín para pasear y la extensión inmensa para meditar; á sus pies lo que puede cultivarse y recogerse; sobre su cabeza lo que se puede estudiar y meditar: algunas flores en la tierra y muchas estrellas en el cielo.

XIV.

Lo que el obispo pensaba.

Como la clase de detalles que acabamos de dar, particularmente en el capítulo anterior, podrían hacer aparecer al obispo de Digne panteísta y dar á entender, en favor ó en contra suya, que profesaba una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los espíritus solitarios, arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar en ellos á la religión, debemos decir, é insistimos en esto, que ninguno que trató á monseñor Bienvenido se creyó autorizado para pensar nada semejante de él. El corazón era el que iluminaba á aquel hombre; de esta luz era hija su sabiduría.

No profesar ningún sistema y practicar muchas obras era su regla de conducta. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos, y nada indica que aventurase su espíritu en los apocalipsis. El apóstol puede ser audaz, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulo de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en cierto modo para los grandes y atrevidos pensadores. Producen horror sagrado los pórticos del enigma; sus huecos sombríos están abiertos, pero parece que se oye bajo de ellos una voz que grita: "Pasajeros de la vida, no entreis aquí. ¡Desgraciado del que aquí penetre."

Los géneos, en las profundidades desconocidas de la abstracción y de la especulación pura, situados, por decirlo así, por encima de los dogmas, proponen sus ideas á Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusión, su adoración interroga. Esta es la religión directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para el que trata de subir por sus escabrosidades.

La meditación humana no tiene límites. A su costa y riesgo analiza y profundiza su propio deslumbramiento, y

podiera casi decirse que por una especie de reacción espléndida deslumbraba á la naturaleza; el misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe, y es probable que los contempladores sean contemplados. Sea de esto lo que quiera, hay hombres en el mundo que perciben distintamente en el fondo de los horizontes de la meditación las alturas de lo absoluto, y que tienen la visión terrible de la montaña infinita. Monseñor Bienvenido no era de esos hombres; monseñor Bienvenido no era un génio. Le habrían asustado esas altas sublimidades, desde las que algunos hombres grandes, como Swedenborg y Pascal, se deslizaron hasta la demencia. Ciertamente esos poderosos delirios prestan su utilidad moral, y por esos caminos áridos nos aproximamos á la perfección ideal. El obispo de Digne caminaba por el sendero que abrevía el trayecto; por el Evangelio.

No pretendía que su casulla formase los pliegues del manto de Elías; no proyectaba ningún rayo del porvenir sobre la marcha tenebrosa de los sucesos; no trataba de condensar en llama la luz de las cosas; nada tenía de profeta ni de mago. Era una alma humilde que amaba y nada más.

Es probable que dilatase su oración hasta convertirla en aspiración sobrehumana, pero en orar no hay nunca exceso, ni en amar tampoco, porque si lo fuese el rezar mucho más de lo que marcan los textos, Santa Teresa y San Gerónimo serían herejes.

Inclinábase siempre ante los que gimen y ante los que expían. El universo era á sus ojos como una inmensa enfermedad; sentía en todas partes la calentura, auscultaba en todas partes el padecimiento, y sin tratar de adivinar el enigma, procuraba curar la llaga. El imponente espectáculo de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento, y solo se ocupaba en buscar para sí y para los demás el mejor modo de compadecer y de aliviar; cuanto existe, para aquel excelente eclesiástico era objeto permanente de tristeza, que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan para extraer el oro; él trabajaba para extraer la piedad, y la miseria universal era su mina. El dolor difundido por todas partes le daba ocasión siempre para ejercitar la bondad. *Amaos los unos á los otros*; en esta máxima se encerraba toda su doctrina. En una ocasión aquel senador,

que ya describimos y que se creía "filósofo", dijo al obispo:

—Ya veis el espectáculo que ofrece el mundo: el de la guerra de todos contra todos; el más fuerte es el que tiene más talento. Vuestra máxima de *Amaos los unos á los otros* es una tontería.

—Pues bien, le respondió monseñor Bienvenido, si es una tontería, el alma debe encerrarse en ella como la perla dentro de la concha.

Así lo hacía, en efecto, el digno sacerdote, sin ocuparse nunca de las cuestiones religiosas que atraen y asustan con las perspectivas insondables de la abstracción, con los precipicios de la metafísica, con las profundidades, convergentes para el apóstol hácia Dios y para el ateo hácia la nada. No se ocupaba del destino, de la guerra del sér contra el sér, de la transformación por medio de la muerte, de la recapitulación de existencias que contiene la tumba, del alma, de la naturaleza, de la libertad, ni de la necesidad, ni de ninguno de esos problemas pavorosos, de esos precipicios siniestros á los que se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano, formidables abismos que Manú, Lucrecio, San Pablo y Dante contemplan con los ojos fulgurantes, que, mirando fijamente al infinito, parece que hagan brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenido era sencillamente el hombre que vé desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas, sin que lleguen á perturbar su propio espíritu: sentía en su alma respeto grave á los misterios.

LIBRO SEGUNDO.

La caída.

I.

La noche de un día de marcha.

En los primeros días del mes de Octubre de 1815, una hora antes de ponerse el sol, un hombre que viajaba á pié entró en la ciudad de Digne.

Los pocos habitantes que estaban asomados á las ventanas, ó en el umbral de sus puertas, observaban con inquietud á dicho viajero. Difícil era ver un transeunte de aspecto más miserable. Era un hombre de mediana estatura, rechoncho y robusto, que podía contar de cuarenta

y seis á cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, ocultaba en parte su faz, tostada por el sol y por el aire y llena de sudor. Llevaba camisa de lienzo grueso y amarillento, abrochada por el cuello con una pequeña áncora de plata, y dejaba entrever su pecho velludo: en su cuello una corbata se retorcia como una cuerda: gastaba pantalon de cutí azul, viejo y raído, blanco en una rodilla y agujereado en la otra; blusa gris harapososa, remendada por un codo con un pedazo de paño verde, cosido con bramante; cargaba las espaldas con una mochila de soldado, repleta, cerrada y nueva; se apoyaba en enorme y nudoso baston; los piés, sin medias, los calzaban gruesos zapatos claveteados, y llevaba el pelo cortado á cercen y las barbas largas. El sudor, el calor, el viaje á pié y el polvo del camino aumentaban el aspecto sórdido de aquel conjunto destrozado. El pelo, aunque cortado al rape, como acabamos de decir, le habia crecido un poco y se le erizaba, denotando que no habia sido cortado hacia algun tiempo.

Nadie le conocia. Evidentemente era forastero. De dónde venia? Del Mediodía; acaso de la orilla del mar, porque entraba en Digne por la misma calle que siete meses antes habia pasado Napoleón, yendo de Cannes á Paris. Aquel hombre debia haber andado toda la jornada, porque estaba muy fatigado. Algunas mujeres del barrio viejo, que están en el descenso de la ciudad, le habian visto pararse bajo los árboles de la alameda Gassendi, y doscientos pasos más lejos beber en la fuente de la plaza del Mercado.

Cuando llegó á la esquina de la calle Poichevert, torció por la izquierda y se dirigió á la Casa Municipal: entró en ésta y volvió á salir poco tiempo despues. Habia un gendarme sentado á la puerta, en el mismo banco de piedra en el que el general Drouot subió el 4 de Marzo para leer á los habitantes de la ciudad de Digne la proclamacion del golfo Juan; el hombre se quitó el casquete y saludó al gendarme. Este, sin contestar al saludo, le miró atentamente, le siguió algun tiempo con la vista y luego entró en la Casa del Ayuntamiento.

Entonces habia en Digne una buena posada que se llamaba la *Cruz de Colbas*. Su dueño era Joaquin Labarre, que estaba muy considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre, que era

el amo de la posada de Grenoble conocida por los *Tres Delfines*. Referíase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, hizo allí frecuentes paradas durante el mes de Febrero, y que distribuyó cruces y muchos napoleones entre la gente de la ciudad y la del campo. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el emperador, cuando entró en Grenoble, no quiso hospedarse en el palacio de la Prefectura y dió las gracias al alcalde, diciéndole: *Voy á casa de un hombre que conozco*, y se fué á los *Tres Delfines*. La gloria de Labarre, dueño de la susodicha posada, se reflejaba á veinticinco leguas de distancia sobre el Labarre de la *Cruz de Colbas*. En la ciudad decian que era *primo del de Grenoble*.

El desconocido se dirigió hácia aquella posada, que era la mejor de la ciudad, y entró en la cocina, á la que se pasaba directamente desde la calle. Estaban encendidos todos los hornillos y ardía gran fuego en la chimenea. El posadero, que era tambien el jefe de la cocina, iba desde el hogar á las cacerolas, muy ocupado en vigilar una excelente comida destinada á unos carreteros, á los que se oia hablar y reir ruidosamente en una pieza inmediata. Los que han viajado por Francia saben que nadie se dá mejor trato en las posadas que los trajineros. Una liebre gruesa, flanqueada por dos perdices y dos gallinas, daba vueltas en un largo asador encima del fuego, y en los hornillos se cocian dos grandes carpas del lago de Lauzet y una trucha del lago de Alloz.

El posadero, al oír que la puerta se abria y que álguien entraba, preguntó, sin apartar la vista de los hornillos:

—Qué es lo que quereis?

—Comer y acostarme, contestó el desconocido.

—Nada más fácil, repuso el dueño de la posada, que volvió la cabeza, y examinando rápidamente al viajero, añadió:—Pagando.

El hombre sacó una bolsa de cuero del bolsillo de su blusa y dijo:

—Tengo dinero.

—En ese caso al momento soy con vos.

El hombre volvió á meter la bolsa en la blusa, se quitó el morral, lo dejó en tierra, cerca de la puerta, conservó el baston en la mano y fué á sentarse cerca del fuego. La poblacion de Digne está en la montaña, y las noches de Octubre son allí ya muy frias.

Entre tanto el posadero, que iba de

una parte á otra, no hacia más que examinar al viajero.

—Podré comer pronto?

—Al momento.

Mientras el recién venido se calentaba de espaldas al posadero, éste sacó un lápiz del bolsillo, rasgó un pedazo de un periódico que colgaba de una mesa pequeña, cerca de la ventana; escribió en el márgen blanco una ó dos líneas, lo dobló sin cerrarlo y lo entregó á un muchacho que le servia de pinche y de criado á la vez. Despues dijo una palabra al oído del chico, y éste se marchó corriendo en direccion á la Casa del Ayuntamiento.

El viajero nada de esto vió. Volvió á preguntar:

—Comeré pronto?

—En seguida, le contestó Labarre.

Volvió el muchacho, que vino trayendo otro papel. El posadero lo desdobló con la prisa del que está esperando una contestacion. Lo leyó atentamente, despues movió la cabeza y se quedó pensativo un instante. Por fin se acercó al viajero, que parecia embebido en reflexiones poco gratas.

—Buen hombre, le dijo, no puedo recibirlos en la posada.

El hombre se incorporó en su asiento.

—Desconfiais de que os pague? ¿Quereis recibir el dinero adelantado? Ya os dije que tengo para pagar.

—No es eso.

—Pues, por qué?

—Vos teneis dinero, pero...

—Pero qué?...

—Yo no tengo cuarto para vos.

—Dejadme un sitio en la cuadra, contestó el viajero tranquilamente.

—No puedo.

—Por qué?

—Porque la ocupan por entero los caballos.

—Pues bien, me contentaré con un rincon en el granero: no faltará un poco de paja. Eso ya lo arreglaremos en cuanto coma.

—Es que no puedo daros de comer.

Esta declaracion, dicha en tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero. Se puso en pié y dijo:

—Estoy muerto de hambre, he andado doce leguas desde que salió el sol, pago y quiero comer.

—Pues no tengo que daros, insistió en decirle Labarre.

El hombre soltó la carcajada, y volviéndose hácia el hogar y hácia los hornillos, señalándoselos, le preguntó:

—No teneis que darme? y todo eso?

—Ya está comprometido.

—Para quién?

—Para unos trajineros que están dentro.

—Cuántos son?

—Doce.

—Pues ahí hay comida para veinte.

—Han encargado todo eso, y además me pagaron adelantado.

El hombre volvió á sentarse y dijo, sin levantar la voz:

—Estoy en una posada, tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó entonces hácia él y le dijo al oído, con un acento que le hizo estremecer:

—Marchaos!

El viajero estaba encorvado en aquel momento, empujando algunas brasas hácia el hogar con la contera de su garrote; volviéndose con rapidez, y al abrir la boca para replicar, el posadero le miró con fijeza y le dijo, siempre en voz baja:

—Basta ya de conversacion. ¿Quereis que os diga vuestro nombre? Os llamas Juan Valjean. Ahora, ¿quereis que os diga lo que sois? Al veros entrar me parecísteis sospechoso; envié á preguntar al Ayuntamiento, y ved lo que me han contestado. Sabeis leer?

Diciendo lo anterior, presentaba Labarre al viajero, desdoblado, el papel que acababa de recibir. El hombre pasó la vista por él. El posadero añadió, despues de una pausa:

—Me gusta ser cortés con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el morral y se marchó.

Se internó por la calle principal y empezó á andar á la ventura, casi pegado á las paredes de las casas, como hombre triste y humillado. No volvió la cabeza ni una sola vez; si la hubiera vuelto habria visto al posadero de la *Cruz de Colbas* en el umbral de su casa, rodeado de todos los huéspedes de su posada y de todos los transeuntes de la calle, hablando con viveza y señalándole con el dedo; y por las miradas de desconfianza y de terror de aquel grupo hubiera comprendido que dentro de pocos instantes su llegada seria el acontecimiento de aquel dia en la ciudad.

Pero no vió nada de todo eso. Los hombres agobiados por algun pesar no miran hácia atrás, porque demasiado saben que les persigue la mala suerte.

El desconocido caminó algun tiempo andando á la ventura por calles que no

conocía, olvidándose de su cansancio. De pronto le aguijoneó el hambre. Era ya casi de noche. Miró á su alrededor por ver si descubría algun albergue.

Perdida la esperanza de albergarse en la posada mejor, buscó otra hostería más humilde ó algun pobre figon. En aquel momento encendían un farol al extremo de una calle y vió que una rama de pino se destacaba sobre el cielo blanquecino del crepúsculo, y se dirigió hácia allí. Era, en efecto, un figon, el de la calle de Chaffant.

El viajero se paró un instante y miró por los cristales el interior de la sala baja del figon, que alumbraba una pequeña lámpara colocada sobre una mesa y el fuego que ardía en la chimenea. Algunos hombres estaban allí bebiendo. El tabernero se calentaba á la lumbre. Las llamas hacían gruñir á una marmita de hierro, pendiente de un gancho.

Entrábase al figon, que era una especie de posada también, por dos puertas. La una daba á la calle y la otra á un pequeño corral, lleno de estiércol. El viajero no se atrevió á entrar por la puerta que daba á la calle. Entró en el corral, se paró otra vez, luego levantó tímidamente el picaporte y empujó la puerta.

—Quién vá? preguntó el hostelero.

—Un hombre que quiere cenar y dormir.

—Las dos cosas pueden hacerse aquí.

El viajero entró. Todos los que estaban en el figon se volvieron á mirarle. La luz de la lámpara le iluminaba por una parte y por la otra la luz del fuego. Los concurrentes le examinaban mientras se despojaba del morral.

—Aquí teneis fuego y la cena cuece en la marmita; venid á calentaros, le dijo el posadero.

El desconocido se sentó cerca del hogar y extendió hácia el fuego los piés, doloridos de fatiga. La parte de cara que permitía ver su casquete calado adquirió la vaga apariencia de bienestar, mezclada al aspecto doloroso que dá el hábito del sufrimiento. Su semblante era firme, enérgico y triste; su fisonomía extraña empezaba por parecer humilde y concluía por parecer severa. Brillábanle los ojos bajo las espesas cejas como el fuego bajo la maleza.

Uno de los que estaban bebiendo en la mesa del figon era un pescadero, que antes de llegar allí había dejado el caballo en la posada de Labarre. La casuali-

dad hizo que aquella misma mañana encontrase á aquel viajero de mal aspecto entre Bras d'Asse y... (he olvidado el nombre, creo que debe ser Escoublon). Al encontrarle, estaba éste tan fatigado, que le pidió por favor que le permitiese montar á la grupa, y el pescadero, en vez de contestarle, hizo doblar el paso á su cabalgadura. Este pescadero formaba media hora antes parte del grupo que rodeaba á Joaquin Labarre, y contó su desagradable encuentro de aquella mañana á los huéspedes de la *Cruz de Colbas*: Desde el sitio donde estaba sentado hizo al bodegonero una seña imperceptible; éste se le acercó y en voz baja cambiaron algunas palabras. El viajero estaba ensimismado en sus meditaciones.

El bodegonero se acercó á la chimenea, dejó caer bruscamente la mano sobre el hombro del viajero y le dijo:

—Vas á largarte de aquí.

El forastero volvió la cabeza y respondió:

—Ah, sabeis!...

—Sí.

—Me han despedido de la otra posada.

—Y yo te echo de ésta.

—Pero dónde he de ir?

—A cualquier parte.

El viajero tomó el garrote y el morral y se marchó. Al salir, algunos muchachos que le habían seguido desde la *Cruz de Colbas*, y que le esperaban á la puerta del figon, le tiraron piedras. Volvió atrás colérico y los amenazó con el garrote; los chiquillos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. A la puerta colgaba una cadenilla de hierro que comunicaba con una campana. Llamó. Abrióse un ventanillo.

—¿El señor alcaide tendría la bondad de abrirme y de albergarme por esta noche? dijo el viajero, quitándose respetuosamente el casquete.

—La cárcel no es posada. Haced que os prendan y de ese modo os abriré.

Volvióse á cerrar el ventanillo.

Entró en una callejuela á la que daban muchos jardines; algunos solo estaban cerrados por una pequeña empalizada. Entre los jardines y las empalizadas vió una casita de un solo piso, en cuya ventana había una luz. Miró al través de sus cristales, como hizo en el figon, y vió un aposento grande blanqueado de cal, con una cama con colcha de indiana, una cuna en un ángulo, algunas sillas de madera y una escopeta

de dos cañones colgada de la pared. En medio del aposento había una mesa dispuesta para comer. Un velon de cobre alumbraba el grueso mantel de hilo blanco, un vaso de estaño reluciente lleno de vino y una sopera oscura y humeante. Estaba sentado junto á la mesa un hombre de cuarenta años al parecer, de fisonomía alegre y franca, que hacía brincar á un niño sobre sus rodillas. A su lado, una mujer joven daba el pecho á otro niño de pocos meses. El padre y el niño, que saltaba, reían, y la mujer se sonreía mirando al que tenía en brazos.

El forastero quedó un momento pensativo ante aquel espectáculo tierno y tranquilo. Qué es lo que pensaba? él solo podría decirlo. Quizás pensara que aquella casa tan alegre debiera ser hospitalaria y que su felicidad sería compasiva.

Golpeó con suavidad en la vidriera y no le oyeron.

Dió otro golpe ya no tan suave. Oyó entonces que la mujer decía al marido:

—Me parece que llaman.

—No, respondió el hombre.

El viajero dió un tercer golpe con más fuerza.

El marido se levantó, tomó el velon y abrió la puerta.

Era aquel hombre de alta estatura, medio campesino y medio artesano; llevaba gran delantal de cuero, que le subía hasta el hombro izquierdo, en el que formaban un bulto un martillo, un pañuelo rojo, una caja de rapé y otros objetos que la cintura retenía. Inclínaba la cabeza hácia atrás, y la camisa abierta con el cuello vuelto dejaba desnudo el suyo, que era blanco y grueso como el de un toro. Sus cejas eran espesas, sus enormes patillas negras, sus ojos relucían y la parte inferior de su rostro era semejante al de un perro de presa.

—Perdonadme que me haya atrevido á llamar aquí. ¿Podríaís facilitarme, pagándolo, un plato de sopa y un rincón para dormir en el cobertizo del jardín?

—Quién sois? preguntó el dueño de la casa.

—Vengo de Puy-Moisson. He caminado todo el día, he andado doce leguas. ¿Podeis proporcionarme lo que, pagando, os pido?

—No rehusaría proporcionar albergue al que lo pagase bien; pero, ¿por qué no vais á la posada?

—No había ya sitio en ella.

—Eso es imposible. Hoy no es día de feria ni de mercado. ¿Habeis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—Y qué?

—No sé por qué no han querido recibirme, contestó turbado el viajero.

—¿Por qué no habeis ido al figon de la calle de Chaffant?

El embarazo del viajero crecía por instantes.

—Tampoco allí me han recibido.

La cara del artesano expresó entonces la desconfianza; examinó al viajero de cabeza á piés, y de pronto exclamó casi temblando:

—Ah!... sereis acaso...?

Dirigió otra mirada al forastero, dió tres pasos atrás, dejó en tierra el velon y descolgó la escopeta. Al oír *sereis acaso...* se levantó la mujer, cogió en brazos á los niños, se refugió con espanto detrás de su marido y murmuró en voz baja:—Tunante!

Esto sucedió en menos tiempo que hemos invertido en relatarlo. Despues de examinar al forastero como se examina á una víbora, el dueño de la casa se acercó á la puerta y le dijo con voz imperiosa:

—Vete.

—Por compasion, exclamó el viajero, dadme un vaso de agua.

—Un tiro te daré si no te vas.

Diciendo esto cerró la puerta con violencia y corrió por dentro los cerrojos. Luego cerró también las maderas de la ventana, y desde fuera se oyó el ruido de la barra de hierro que la cruzaba.

Continuaba anocheciendo y soplaban el viento frío de los Alpes. A la luz última del día el forastero divisó, en uno de los jardines que costean la calle, una caseta ó choza, que le pareció construida con trozos de césped. Atravesó resueltamente la barrera de madera que cerraba el jardín y se encontró dentro de éste. Se acercó á la choza, que tenía por puerta una abertura estrecha y baja, y que se parecía á los cobertizos que los peones camineros levantan á la orilla de las carreteras. Pensó si sería, en efecto, alguna choza de peones camineros. Sentía frío y hambre; se había ya resignado á sufrir el hambre, pero buscaba un refugio contra el frío. Esta clase de chozas ordinariamente no están habitadas de noche. Encorvóse cuanto pudo y se deslizó dentro de la caseta. Estaba caliente y halló allí una cama de paja bastante blanda. Quedóse tendido, sin poder hacer ningun movimiento; tal era su cansancio. Luego notó que el morral le incomodaba y que podría servirle

de almohada, y empezó á desatar una de sus correas. En aquel instante oyó un gruñido; alzó la vista y vió que por la abertura de la choza asomaba la cabeza de un mastin enorme. Se habia acostado en una perrera.

El viajero era vigoroso y temible; se armó con el garrote, hizo del morral una especie de escudo y salió como pudo de la choza, no sin destrozarse más su ropa, ya destrozada. Salió tambien del jardín, pero andando hácia atrás, viéndose obligado, para mantener al perro á cierta distancia, á recurrir al manejo del garrote, que los maestros de esta clase de esgrima llaman el *molinete*.

Cuando el viajero trabajosamente volvió á pasar la barrera y se encontró otra vez en la calle, solo, sin poder comer ni abrigarse bajo techo, arrojado hasta de una miserable cama de paja, se dejó caer sobre una losa, exclamando:

—Soy menos que un perro!

Momentos despues se levantó y volvió á andar. Salió del poblado, esperando encontrar algun árbol ó algun monton de estiércol en el campo.

Caminó un rato con la cabeza inclinada al suelo; al verse fuera de la ciudad alzó los ojos y miró á su alrededor. Estaba en el campo, tenia ante sí una de esas colinas bajas cubiertas de rastrojo, que despues de la siega parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba oscurísimo y lleno de nubes bajas, que parecia que se apoyaban en la misma colina y que subian á cubrir el cielo; pero como la luna iba á salir y flotaba todavía en el zenit un resto de claridad crepuscular, las nubes formaban en lo alto del cielo una especie de bóveda blanquecina, desde la que llegaba á la tierra cierta claridad. La tierra estaba, pues, más iluminada que el cielo, que es un efecto particularmente siniestro, y la colina, de pobres y mezquinos contornos, se dibujaba vaga y descolorida sobre el horizonte tenebroso. Ni en el campo ni en la colina habia más que un árbol disforme, cuyas ramas se retorcian gimiendo á pocos pasos del viajero. Este estaba lejos de poseer los hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu que nos hacen sensibles ante el aspecto misterioso de las cosas; pero habia en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura y en aquel árbol algo tan profundamente desconsolador, que, despues de un instante de inmovilidad y de meditacion, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay momentos en la vida

en que parece que hasta la naturaleza se nos muestre hostil.

El viajero se volvió hácia la ciudad. Las puertas de Digne estaban ya cerradas. Digne, que sostuvo dos sitios durante las guerras de religion, estaba rodeada aun en 1815 de viejas murallas, flanqueadas por torres cuadradas, que más tarde han sido demolidas. Pasó por una brecha y entró en la ciudad.

Serian las ocho de la noche. Como desconocia las calles de la ciudad, volvió á andar sin saber por dónde. De este modo llegó á la Prefectura y luego al Seminario. Cuando pasó por la plaza de la Catedral, enseñó el puño á la iglesia en señal de amenaza.

Hay en un ángulo de la plaza una imprenta. En ella imprimieron por primera vez las proclamas del emperador y de la Guardia imperial al ejército, traídas de la isla de Elba y dictadas por el mismo Napoleon.

El viajero, estenuado de fatiga, se echó sobre el banco de piedra que habia á la puerta de la imprenta.

En aquel momento una anciana, que salia de la iglesia, vió á aquel hombre allí tendido.

—Qué haceis ahí? le preguntó.

—Estoy acostado, buena mujer, le contestó con voz colérica.

La *buena mujer*, digna por cierto de que la llamaran así, era la marquesa de R.

—¿Pero vais á pasar la noche en ese banco?

—Diez y nueve años he tenido un colchon de madera y hoy lo tengo de piedra.

—Habeis sido soldado?

—Sí, buena mujer, soldado.

—Por qué no vais á la posada?

—Porque no tengo dinero.

—Ay! contestó la marquesa de R.; no llevo en el bolsillo más que cuatro sueldos.

—Dádmelos, pues.

El viajero los tomó; la anciana continuó diciendo:

—Con tan corta cantidad no os albergareis en ninguna posada. Es imposible que paseis ahí la noche. Tendreis frio y hambre. Bien pudieran recibiros por caridad.

—He llamado á todas las puertas.

—Y qué?

—En todas partes me han arrojado á la calle.

La "buena mujer," tocó al viajero en el hombro y le señaló á la otra parte de

la plaza una casa baja, al lado del palacio arzobispal.

—¿Decís que habeis llamado á todas las puertas?

—Sí.

—Habeis llamado á aquella?

—No.

—Pues llamad allí.

II.

La prudencia aconsejando á la sabiduría.

Aquella noche el obispo de Digne, despues de haber dado su paseo por la ciudad, se encerró en su cuarto hasta muy tarde. Se ocupaba de una obra sobre los *Deberes*, que, por desgracia, ha quedado incompleta. Entresacaba cuidadosamente todo lo que los doctores y padres de la Iglesia han dicho sobre esta grave materia. Dividia la obra en dos partes: en la primera trataba de los deberes de todos; en la segunda de los deberes de cada uno, segun la clase á que pertenezca. Los deberes de todos son los grandes deberes; hay cuatro, y San Mateo los indica: Deberes para con Dios (San Mateo, IV), deberes para consigo mismo (San Mateo, V, 29, 30); deberes para con el prógimo (San Mateo, VII, 12); deberes para con las criaturas (San Mateo, VI, 20, 25). En cuanto á los demás deberes, el obispo los encontró indicados y prescritos en otra parte: entre los soberanos y los súbditos, en la epístola á los Romanos; los de los magistrados, de las esposas, de las madres y de los manebos, en San Pedro; de los maridos, de los padres, de los hijos y de los servidores, en la epístola á los Efesios; de las doncellas, en la epístola á los Corintios; de los fieles, en la epístola á los Hebreos. Formaba de todas estas prescripciones un conjunto armonioso, que queria presentar como un cuerpo de doctrina.

A las ocho estaba aun escribiendo con bastante incomodidad en pequeñas cuartillas de papel, sosteniendo un libro grueso sobre las rodillas, cuando entró la señora Magloire, como de costumbre, á sacar los cubiertos de plata del cajon, que estaba inmediato á la cama.

Poco despues, conociendo el obispo que ya estaria la mesa dispuesta y que su hermana le esperaba quizás, cerró el libro y salió al comedor.

La señora Magloire acababa efectivamente de poner los cubiertos y entre tanto hablaba con la señorita Baptistina.

Encima de la mesa habia un quinqué; la mesa estaba cerca de la chimenea, en la que ardia buen fuego.

Fácil es formar idea de aquellas dos mujeres, que las dos pasaban de los sesenta años: la señora Magloire era pequeña, gruesa, vivaracha; la señorita Baptistina era afable, delgada, un poco más alta que su hermano, y vestia un traje de seda de color de ala de mosca, que estuvo muy en boga en 1806, que entonces compró en Paris y le duraba todavía; y usando de una de esas locuciones vulgares que expresan con una sola palabra una idea que á veces una página no bastaria para expresar, diremos que la señora Magloire tenia aire de *paleta* y la señorita Baptistina de *señora*.

El ama de gobierno de monseñor usaba cofia ó gorra blanca encañonada, gargantilla de oro al cuello (única alhaja de mujer que habia en la casa), camiseta muy blanca, que salia de un vestido de buriel negro, con mangas anchas y cortas; delantal de algodón á cuadros azules y verdes atado á la cintura, zapatos gruesos y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella.

El vestido de la señorita Baptistina estaba cortado con arreglo á la moda de 1806: talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y con botones. Ocultaba sus cabellos grises con una peluca de rizos, llamada de *niño*. La señora Magloire tenia aspecto inteligente, vivo y bonachon, los dos ángulos de la boca levantados con desigualdad, el labio superior más grueso que el inferior, lo que la daba un no sé qué de áspero é imperioso.

Mientras monseñor callaba, le hablaba resueltamente con una mezcla de respeto y de libertad; pero cuando hablaba monseñor, obedecia pasivamente como la señorita Baptistina. Esta rara vez decia algo, limitándose á complacer y á obedecer. Ni cuando jóven fué linda. Sus grandes ojos azules eran saltones y su nariz larga y remangada; sin embargo, su rostro y toda su persona respiraba inefable bondad, como ya tenemos dicho. Siempre fué predestinada á la mansedumbre; pero la fé, la caridad y la esperanza, estas tres virtudes que confortan al alma, elevaron poco á poco su mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza hizo de ella una oveja, pero la religion la convirtió en ángel.

La señorita Baptistina ha referido des-

pues tantas veces lo que pasó en casa del obispo aquella noche, que muchas personas que viven aun recuerdan hasta los menores detalles.

En el momento en que monseñor salió al comedor, la señora Magloire estaba hablando con vivacidad. Conversaba con la señorita de un asunto que la era familiar y al que el obispo estaba ya acostumbrado. Se trataba del picaporte de la puerta de entrada. Parece que yendo á hacer algunas provisiones para la cena, la señorita Magloire habia oido referir ciertas cosas en diferentes sitios. Hablábale de un vagabundo recién llegado y sospechoso, que debia estar en alguna parte de la ciudad, y que podrian tener algun mal encuentro los que aquella noche se retirasen tarde á sus casas. Añadian que la policía estaba mal organizada por ciertas rivalidades que mediaban entre el maire y el prefecto, que trataban de perjudicarse mutuamente y que dejaban que se efectuasen sucesos que podrian evitar; que á las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba; estar prevenidas, pasar los cerrojos, atrancar y cerrar bien las puertas.

La señora Magloire recalcó esta última frase; pero el obispo venia de su cuarto, que estaba bastante frio, se sentó ante la chimenea y se calentaba pensando en cosas muy diferentes: ni siquiera fijó la atención en la frase de efecto que pronunció la señora Magloire, por lo que ésta la repitió: entonces la señorita Baptistina, queriendo satisfacer al ama de gobierno sin desagradar á su hermano, se atrevió á decir tímidamente:

—¿Oyes, hermano, lo que dice la señora Magloire?

—He oido vagamente algo, respondió el obispo.

Después, medio volviéndose en la silla hacia la anciana, poniendo las manos sobre las rodillas y alzando el rostro cordial y francamente alegre, que iluminaba el resplandor del fuego, preguntó:

—Veamos: qué hay? qué sucede? ¿nos amenaza algun peligro?

Entonces la señora Magloire volvió á referir lo anterior, exagerándolo algo, aunque sin advertirlo.

Dijo que un buhonero, un desarrapado, una especie de mendigo peligroso, vagaba en aquellos momentos por la ciudad. Se presentó en la posada de Joaquin Labarre y no le quisieron recibir. Le vieron entrar en la población por el

boulevard Gassendi y vagar por las calles al oscurecer. Que iba cargado con un morral y que tenia aspecto terrible.

—De veras? exclamó el obispo.

Esta interrogación alentó á la señora Magloire, porque parecia que le indicaba que el obispo estaba próximo á alarmarse, y prosiguió con más bríos:

—Sí, monseñor; es tal como os lo refero. Vá á suceder esta noche en la ciudad alguna desgracia. Todo el mundo lo dice; ¡como la policía está tan mal organizada!... Vivimos además en la montaña y sin tener faroles en las calles. Salimos y á lo mejor... Digo yo, monseñor, y también lo dice la señorita, que....

—Yo, contestó interrumpiendo Baptistina, yo no digo nada. Lo que haga mi hermano estará bien hecho.

La señora Magloire prosiguió, sin hacer caso de la anterior protesta:

—Decíamos que esta casa no ofrece seguridad; que si monseñor me lo permite, avisaré á Paulino Musebois para que venga á poner en la puerta los antiguos cerrojos, que, estando en casa, eso es operación de un minuto. Digo que es preciso poner los cerrojos aunque no sea más que por esta noche, porque es cosa muy expuesta una puerta que se abre desde fuera con solo levantar el picaporte; además, como monseñor tiene la costumbre de decir siempre: *adelante!*, y como además, á media noche no hace falta permiso para entrar...

Un golpe violento que dieron á la puerta interrumpió en este instante á la señora Magloire.

—Adelante! dijo el obispo.

III.

Heroísmo de la obediencia pasiva.

La puerta se abrió. Se abrió de par en par, como empujada con energía y resolución.

Entró un hombre. Ya le conocemos: era el viajero que vimos vagar en busca de un albergue.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando la puerta abierta detrás de él. Llevaba el morral á la espalda y el garrote en la mano, y manifestaba su ruda expresión gran fatiga; iluminábale el fuego de la chimenea y estaba espantoso. Era una aparición siniestra.

La señora Magloire ni siquiera tuvo aliento para lanzar un grito. Se estremeció y se quedó con la boca abier-

ta. La señorita Baptistina, al ver al desconocido, medio se incorporó de miedo: luego volvió poco á poco la cabeza hacia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, y al fin su rostro adquirió aspecto de calma y de serenidad.

El obispo fijaba en el recién entrado su mirada tranquila. Al abrir los labios, sin duda para preguntar á aquel hombre lo que deseaba, éste apoyó ambas manos sobre el garrote, miró al anciano y á las dos mujeres, y sin esperar á que el obispo le preguntase, dijo en alta voz:

—Queréis saber quién soy, y os lo debo decir. Me llamo Juan Valjean. Soy presidiario cumplido. Pasé en el presidio diez y nueve años. Estoy libre desde hace cuatro dias, y me encamino hacia Pontarlier, que es el punto marcado para mi residencia. Hace cuatro dias que vengo de Tolon. Hoy he andado doce leguas á pié. Esta tarde, en cuanto llegué á esta ciudad, entré en una posada, de la que me han despedido por usar el pasaporte amarillo, que tuve que manifestar en la Alcaldía. Entré en otra posada y me sucedió lo mismo. Nadie quiere recibirme. Fui á la cárcel, y el carcelero tampoco me abrió. Me metí en una perera para acostarme, y el perro me mordió y me arrojó de allí como si fuese un hombre; parecia que supiera quién era yo. Salí al campo para acostarme bajo un techo de estrellas, y tampoco habia estrellas. Me pareció que iba á llover con gran furia y me volví á la población para dormir en ella en el hueco de alguna puerta. En la plaza iba á acostarme sobre un banco de piedra, cuando pasó una buena mujer y me dijo, enseñándome esta casa: Llamad ahí. Yo llamé. Qué es esta casa? ¿Es una posada? Traigo dinero, el producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en el presidio con mi trabajo de diez y nueve años. Pagaré. Nada me importa pagar teniendo dinero, porque estoy fatigadísimo por haber andado doce leguas á pié y tengo hambre. Queréis que me quede aquí?

—Señora Magloire, dijo el obispo, poned en la mesa otro cubierto.

El hombre avanzó tres pasos y se acercó al velon que estaba encima de la mesa.

—Acaso no me habeis comprendido. Os he dicho que soy un forzado, un presidiario, que vengo de presidio.

Sacando del bolsillo una hoja grande de papel amarillo, que desdobló, dijo:

—Ved mi pasaporte. Queréis leerlo? Lo leeré yo mismo. He aprendido á leer en el presidio, que allí hay una escuela para los que quieren aprender. Hé aquí lo que han escrito en mi pasaporte: "Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de..." esto no hace al caso... "Ha estado diez y nueve años en presidio: cinco por robo con fractura; catorce por haber intentado evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso." Por eso en todas partes me echan. ¿Queréis recibirme? Esta casa es posada? ¿Queréis darme cama y cena? Teneis cuadra?

—Señora Magloire, dijo el obispo, pondreis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Explicamos ya de qué naturaleza era la obediencia de las dos mujeres. La señora Magloire salió á ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

El obispo se volvió hacia el viajero y le dijo:

—Tomad asiento y calentaos; en seguida cenaremos y mientras os harán la cama.

El forastero lo comprendió todo al oír lo anterior. Su faz, sombría y dura, adquirió un aspecto de estupefacción y de alegría extraordinarias, y empezó á hablar como un loco:

—De veras! Me recibis! ¿No me arrojaís á la calle? á un presidiario? ¡y no me tuteais!... Vete! me dicen en todas partes, y temí que aquí también me lo dijeran... ¡Gracias á la buena mujer que me ha enseñado esta casa!... ¡Voy á cenar y á dormir en cama con colchones y sábanas como todo el mundo!... ¡Hace diez y nueve años que no duermo en cama! ¡No queréis que me vaya de aquí!... ¡Sois personas muy buenas! Pero tengo dinero y os pagaré bien. Sois excelente sugeto. Sois el posadero, no es verdad?

—Soy, respondió el obispo, un sacerdote que vivo aquí.

—Un sacerdote! exclamó el forastero. Un sacerdote modelo! ¿Entonces no me hareis pagar? Sois el cura? ¿El cura de esta iglesia grande? Toma, y es verdad! Qué bestia soy!... ¡No me habia fijado en vuestro solideo!...

Mientras así hablaba, dejó el morral y el garrote en un rincón, guardó el pasaporte en el bolsillo y se sentó.

—Sois muy humano, señor cura, continuó diciendo, porque no despreciais á nadie. Es una gran cosa un buen sacerdote. ¿De modo que no necesitareis que os pague?

—No, le contestó el obispo; guardad